

terreno áspero, cortado por bosques, con accesos difíciles; y á los cazadores de Vincennes por las alturas de la izquierda. A ciento cincuenta metros de las murallas estos valientes hijos, perdidos por el ejército enemigo, fueron diezmados por la lluvia de metralla que vomitaba la batería del bastion de San Mario. Sin embargo sufrieron menos de lo que debían haber sufrido á causa de su habilidad para hacerse defensas de todos los accidentes del terreno, adquirida en la guerra contra los Árabes.

Su fuego, admirablemente dirigido contra nosotros nos ocasionaba grandes pérdidas. Entre ellas podemos citar la del teniente Pablo Marducci, jóven de porvenir, cuya madre fué condenada á ocho dias de prision despues de la vuelta de Pio IX por haber depositado algunas flores sobre la tumba de su hijo, la del ayudante mayor Enrico Pallini, la del brigadier della Vedova, la del capitan Pifferi, la del teniente Belli y algunas otras oscuras para el mundo, pero de personas queridas para nosotros, tales como las de Stephanis, Ludowick y el capitan Leduc, valiente belga, que habia combatido con nosotros en favor de nuestra independencia.

Pero no nos faltaban vivos que ocupasen los puestos de los muertos: desde por la mañana anunció el redoble de los tambores á los Romanos que los

Franceses se aproximaban, y en un instante se hallaron cubiertos de hombres los muros y los bastiones.

Mientras que el fuego de los *voltigeurs* del 20º de línea y el de los cazadores de Vincennes respondia al nuestro, el grueso de la columna francesa, que debia notar perfectamente que en vez de flores les lanzábamos balas, continuaba avanzando.

Desde el momento en que estuvo á la vista comenzó á ametrallarlos una batería de cuatro piezas colocadas en un bastion.

El general francés estableció inmediatamente sobre los acueductos otra batería que se encargó de responder á nuestro fuego, é hizo colocar sobre una colina otras dos piezas enfrente de los jardines del Vaticano, donde habia pocos soldados pero una multitud de pueblo armado.

Habiéndose retrasado un instante nuestro fuego á causa de la exacta puntería de los cazadores de Vincennes, hizo avanzar el general francés á la brigada Moliere, que llegó valerosamente hasta el pie de las murallas; pero, como ya he dicho, los muertos eran inmediatamente reemplazados por vivos, y el fuego se reanimó con mas vigor que antes; destruyendo las cabezas de las columnas Marulas y Bonat, las obligó á batirse en retirada y á buscar un abrigo en los pliegues del terreno.

Garibaldi seguía todos estos movimientos desde los jardines de la *villa Pamphili* : juzgó llegado el instante de atacar, y envió varios pequeños destacamentos á través de los viñedos; pero fué descubierta esta maniobra, y acudió un refuerzo del 20 de línea para impedir que fueran sorprendidos los cazadores de Vincennes, y para protegerlos, Garibaldi mandó á decir entonces que si se le enviaba un refuerzo de mil hombres respondía del éxito de la jornada. Inmediatamente pasaron á ponerse á sus órdenes el batallón del coronel Galletti y el primer batallón de la legion romana mandado por el coronel Morelli.

Unas compañías fueron encargadas de la defensa de los pasajes amenazados, otras de proteger los flancos, y al frente de los hombres que le quedaron despues de esta distribucion se lanzó contra los Franceses.

Por desgracia tomaren los nuestros á los soldados de Garibaldi por los del general Oudinot é hicieron fuego sobre ellos desde lo alto de las murallas; pero Garibaldi se detuvo hasta que fué reconocido el error, y despues se lanzó sobre el centro del ejército enemigo en campo raso y á la bayoneta.

Un combate terrible se trabó entre los tigres de Montevideo, como se los llamaba, y los leones de África.

Franceses y Romanos se batieron cuerpo á cuerpo; se asesinaban con las bayonetas, luchaban, se echaban por el suelo y volvian á levantarse.

Garibaldi habia al fin encontrado enemigos dignos de él.

En aquella lucha perdimos al capitán Montaldi, á los tenientes Riglis y Zamboni, y fueron heridos el mayor Marocchetti, el cirujano Schecuda, el oficial Ghiglioni, el capellan Ugobassi, que sin armas afrontaba en medio de los combatientes las heridas y la muerte para socorrer á los heridos y consolar á los moribundos, corazón piadoso, alma misericordiosa, de quien hicieron los sacerdotes un mártir; y por último, los tenientes dall'Oro, Tressoldi, Rolla, y el jóven Stadella, hijo del general napolitano.

Despues de una lucha de una hora se vieron obligados á ceder los Franceses: una parte de ellos se desbandó por los campos, la otra hizo una retirada, y doscientos sesenta de los suyos quedaron prisioneros en nuestro poder.

En aquel momento fué cuando el capitán de artillería Favar, ayudante del general en jefe, viendo el mal resultado del ataque, tan poco acertadamente combinado por el general, creyó poder remediarlo proponiendo guiar un nuevo ataque por un camino que conocia y que segun su creencia los conduciría

sin ser vistos hasta los muros de Roma frente al jardín del Vaticano.

Este camino estaba flanqueado por cuatro ó cinco casas, pudiéndose dejar en ellas y escondidos entre las viñas algunos destacamentos de tropa. El general aceptó la proposición, le dió una brigada del cuerpo Levaillant, y el capitán Favar partió.

La empresa fué muy fácil al principio y la marcha de la columna fué ignorada por los defensores de Roma, hasta que llegó al camino consular de la puerta Angélica; pero al estar allí y al ver reflejados en las armas francesas los primeros rayos del sol, un fuego horroroso que salió de todo el círculo de las tapias de los jardines pontificales, recibió á la columna, y una de las primeras balas hirió al capitán Favar, que era el que la conducía.

Aunque privado de su guía, la columna se defendió valerosamente, y durante algún tiempo respondió al fuego que le hacíamos desde las murallas; pero diezmados, ametrallados, teniendo á sus espaldas nuestras tropas del monte Mario, y delante el fuego del castillo San Ángelo, que les cerraba el paso de la puerta Angélica, expuestos y descubiertos á las balas y metralla que llovían sobre ellos desde los jardines del Vaticano y que no les dejaban tomar sus antiguas posiciones, los Franceses se vieron obli-

gados á guarecerse en los pequeños *casinos* esparcidos por los viñedos y á diseminarse á lo largo del camino, en el que continuaba castigándolos nuestra artillería.

A causa de esto, toda una brigada que formaba el ala derecha del cuerpo del ejército francés, se encontró separada de su centro y en peligro de haber sido hecha prisionera.

Por fortuna para el general Levaillant, nuestras fuerzas del monte Mario no se movieron de sus puestos, y dos mil hombres que había reunidos detrás de la puerta Angélica y que podían haber caído sobre ellos, no hicieron tampoco el menor movimiento.

No fué mas afortunado el general en jefe por la derecha, es decir por el lado donde había combatido Garibaldi. La lucha y el fuego habían cesado un instante á causa de la retirada de los Franceses, pero al ver derrotados á sus hombres el general Oudinot, y temiendo que le cortasen las comunicaciones con Civita Vecchia, hizo avanzar á la brigada Moliere, y el combate, suspendido un momento, volvió á cobrar nuevo ardor.

La ciencia estratégica, la disciplina, el valor, el ataque impetuoso de los enemigos, todo fracasó ante nuestros soldados, por mas que fuesen jóvenes

y careciesen de experiencia. Y era que Garibaldi estaba allí, de pié sobre el caballo, la cabellera al viento, semejante á la estatua de bronce del Dios de las batallas. A la vista del invulnerable, cada cual se acordaba de sus inmortales antepasados, de los conquistadores del mundo sobre cuyas tumbas marchaba : se hubiera podido decir que él sabia que las sombras de los Camilos, de los Cincinatos y de los Césares le miraban desde la cumbre del Capitolio. A la violencia, á la furia francesa opusieron la calma romana, la suprema voluntad de la desesperacion.

Despues de cuatro horas de una lucha obstinada, el jefe de batallon del 20º de línea — hoy general Picard — con inusitados esfuerzos y un valor prodigioso ocupó con trescientos hombres una excelente posicion que arrebató á los jóvenes de la Universidad; pero casi al mismo tiempo Garibaldi, reforzado con un batallon de desterrados mandado por Arcioni y un destacamento de la legion romana con dos compañías mas de la misma, avanzó con la cabeza baja y la bayoneta calada, tomó á su vez la ofensiva, y con una correría irresistible, destruyendo todos los obstáculos rodeó la casa en que se habia fortificado el teniente coronel Picard, quien atacado por todas partes, y habiéndose visto obligado á

luchar cuerpo á cuerpo con Nino Bixio, no tuvo mas remedio que rendirse con sus trescientos hombres.

Esta gigantesca lid decidió la jornada, y cambió completamente la faz de las cosas.

Ya no se trataba de saber si Oudinot entraria en Roma, sino de saber si podria volver á Civita Vecchia.

Con efecto Garibaldi, dueño de la *villa* Pamphili y de la posicion de los acueductos, dominando la via Aureliana y por medio de un movimiento rápido podia llegar á Castel di Guido antes que los Franceses y cerrarles el paso.

El éxito de este movimiento era seguro. El ala izquierda de los Franceses, maltratada al pié de los jardines del Vaticano, y refugiada, como ya hemos dicho, en los esparramados *casinos*, no podia bafirse en retirada sin exponerse á sufrir el fuego exterminador de la artillería y fusilería de las murallas. El ala derecha, batida y dispersada en campo raso por Garibaldi, se hallaba en ese instante de fatal desaliento que sigue á una derrota inesperada, y no podia oponer mas que una débil resistencia.

Además los Franceses estaban extenuados por un combate de diez horas, sin haber tenido caballería para proteger su retirada.

Nosotros teníamos de reserva dos regimientos de línea, dos regimientos de dragones, dos escuadrones de carabineros, el batallón de Lombardos de Manara, aunque con los manos atadas por la palabra de Manucci, y después de todo esto un pueblo entero.

Garibaldi comprendió la situación y escribió desde el campo de batalla al ministro de la Guerra Avizzana :

« Enviadme, le dijo, tropas de refresco, y del mismo modo que os prometí derrotar á los Franceses y lo he cumplido, os prometo impedirles que vayan á reunirse á sus navíos. »

Pero entonces, según nos dicen, el triunviro Mazzini opuso su poderosa voz á este proyecto.

— No nos creemos, dijo, un inmortal enemigo en la Francia destruyendo completamente sus fuerzas, ni exponemos á nuestros jóvenes soldados de reserva á batirse en campo raso con un enemigo vencido pero valeroso.

Esta grave equivocación de Mazzini arrebató á Garibaldi la gloria de un día á lo Napoleon, é hizo infructuosa la victoria del día 30; equivocación fatal, pero perdonable en un hombre que había cifrado sus esperanzas en el partido democrático francés, del que era jefe Ledru-Rollin, pero el que

no fué para la Italia mas que origen de incalculables consecuencias.

Si se hubiera aceptado el plan de Garibaldi, hubieran cambiado los destinos de la Italia.

Efectivamente la posición que ocupábamos era muy despejada, y yo apelo hoy que los odios se han apagado y amanece un nuevo día para Italia, yo apelo para que lo confiesen así á la lealtad de nuestros enemigos de entonces.

Oudinot había atacado á Roma con dos brigadas, una á las órdenes del general Levaillant, la otra á las del general Moliere : un batallón de cazadores á pié, doce cañones de campaña y cincuenta caballos completaban la división. Nosotros veíamos el miserable estado á que se había visto reducido en la tarde del 30 de abril este cuerpo de ejército, cuya ala izquierda había sido desafortunadamente alejada, y cuya ala derecha se había visto obligada á abandonar su centro por Garibaldi, dueño de la *villa* Pamphili, de los acueductos y de la antigua via Aureliana. Era pues necesario avanzar sin perder un instante con todas las fuerzas disponibles, obligar á los Franceses á emprender una rápida fuga, precisa si querían volver á Civita Vecchia, ó á sostener un nuevo combate que hubiera terminado

por derrotarlos completamente, hallándose como se hallaban en la posición más desfavorable.

O el ejército francés hubiera sido destruido, ó se hubiera visto en la necesidad de rendirse.

Lo más notable que hubo durante la batalla fué que las bandas militares romanas ejecutaron la Marsellesa, al combatir con los que habían vencido á la Europa animados por este himno.

Verdad es que ellos ya no lo cantaban.

Además de los muertos y los heridos que nos dejaron, causaron con sus balas y sus bombas durante aquel día grandes destrozos en nuestros monumentos, y no pudimos menos de sonreirnos tristemente al leer en los periódicos franceses, que el sitio duraría probablemente mucho tiempo, á causa del cuidado que tenían los ingenieros para no maltratar los monumentos artísticos.

Las balas y las granadas caían como una granizada sobre la cúpula de San Pedro y sobre el Vaticano.

En la capilla Paulina, rica por sus frescos de Miguel Ángel, de Zuccavi y de Lorenzo Sabati, fué destruida diagonalmente por un proyectil una de las indicadas pinturas.

En la Sixtina estropeó otro proyectil un retablo pintado por Buonaroti.

Entre muertos, heridos y prisioneros tuvieron los Franceses de baja en aquella jornada sobre 4,300 hombres.

Por nuestra parte solo tuvimos entre muertos y fuera de combate cien hombres y solo un prisionero.

Este prisionero era nuestro capellán Ugo Bassi, que habiéndose quedado, al hacer nosotros un movimiento de retirada, sentado cerca de un moribundo, no quiso abandonarle hasta que hubo exhalado el último suspiro.

Fácilmente se adivinará la alegría que hubo en Roma en la tarde y la noche que siguieron á la batalla. Por más que cambiasen las circunstancias, se creía al menos que la historia, al ocuparse de aquel combate, no negaría que no solo fuimos fuertes durante todo un día ante los primeros soldados del mundo, sino que además los obligamos á retroceder.

Toda la ciudad fué iluminada y presentó el aspecto de una fiesta nacional: no se oía por todas partes más que cantos y músicas.

Estos cantos y estas músicas oprimían el corazón de los soldados y de los oficiales prisioneros.

El capitán Fabio, volviéndose hácia un oficial romano, que era el historiador Vecchi, le preguntó:

— ¿Son para insultarnos esta alegría y estos cantos?

— No lo creais, le respondió Vecchi, nuestro pueblo es generoso y no insulta á la desgracia; pero solemniza su bautismo de sangre y de fuego. Hoy hemos vencido á los primeros soldados del mundo: ¿quereis impedir que se aplauda la abnegacion de los muertos y la resurreccion de nuestra vieja Roma?

El capitán Fabio se mostró tan vivamente conmovido con esta respuesta que acababan de darle en excelente francés, que con lágrimas en los ojos exclamó:

— Pues bien, si es así... viva Roma! viva Italia!

Ningun soldado prisionero fué enviado al cuartel que se les habia destinado, sin que se le entregasen víveres y provisiones para todas sus necesidades. Los oficiales que habian perdido su espada recibieron otra instantáneamente.

Al amanecer del día siguiente, 4º de mayo, habiendo recibido el infatigable Garibaldi autorizacion del ministro de la Guerra para atacar á los Franceses con su legion, es decir con mil doscientos hombres, los dividió en dos columnas, de las cuales una á las órdenes de Marina salió por la puerta Cavallegieri, y la otra á sus órdenes por la de San

Pancracio. Su escasa caballería fué aumentada con un escuadron de dragones.

El objeto que se proponia realizar Garibaldi, era el de sorprender á los Franceses en su campamento, y batirlos, aunque sus fuerzas fuesen seis veces inferiores á las de sus enemigos. Además esperaba que el pueblo entero acudiria en su auxilio cuando escuchase el ruido de la fusilería y de los cañones.

Pero al llegar al campo, supo que los Franceses habian partido durante la noche, retirándose hácia Castel de Guido, y que Marina, que habia tomado el camino mas corto, habia encontrado la retaguardia y luchaba con ella.

Redobló el paso Garibaldi y se reunió á Marina cerca de la hostería de Malagrotta, donde acudian los Franceses pareciendo aprestarse á la batalla. Se apoderó inmediatamente de una posicion ventajosa sobre una altura; pero en el momento en que los nuestros iban á atacar, un oficial destacado del cuerpo del ejército avanzó por el camino real y pidió un parlamento con Garibaldi.

Garibaldi ordenó que fuera conducido á su presencia.

El parlamentario dijo que era enviado por el general en jefe del ejército francés para pedir un armisticio y asegurarse si realmente aceptaba el

pueblo de Roma el gobierno republicano y queria defender sus derechos. Como prueba de las leales intenciones del general, se proponia devolvernos á Ugo Bassi, hecho prisionero, como ya hemos dicho, en la batalla del dia anterior.

Mientras que se celebraba esta conferencia, recibió Garibaldi una órden del ministro de la Guerra encargándole que volviese á Roma.

La legion regresó á las cuatro de la tarde conduciendo al parlamentario.

El armisticio solicitado por el general Oudinot fué concedido.

XII.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, el ejército napolitano, compuesto de cerca de 20,000 hombres con el rey á la cabeza, seguido de treinta y seis cañones y flanqueado por una magnífica caballería, animada con sus recientes triunfos en Calabria y Sicilia, avanzaba hácia Roma por la ribera izquierda del Tíber. Habia ocupado militarmente á Velletri, despues á Albano y á Frascati, estaba protegido á la derecha por los Apeninos, á la izquierda por el mar, y habia extendido sus avanzadas hasta muy pocas leguas de nuestros muros.

Viendo esto Garibaldi, á quien habia dejado sin quehaceres el armisticio, pidió permiso para emplear sus ocios en hacer la guerra al rey de Nápoles, y le obtuvo.

En las primeras horas de la noche del dia 4 de mayo salió Garibaldi con su legion, compuesta de 2,500 hombres.

Entre estos dos mil quinientos soldados, se encontraban el batallon de bersaglieri de Manara ya en pleno uso de sus derechos que por otra parte no habian sido supeditados con respecto al rey de Nápo-